

# Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 8, Diciembre 1999

Octavio Paz (1914-1998). Estaciones de un poeta mayor

Vicente Quirarte

pp. 12-16

# Octavio Paz (1914-1998)

## Estaciones de un poeta mayor\*

Vicente Quirarte

*A mis alumnos de la Universidad Hebrea de Jerusalén*

**E**L nacimiento de un poeta mayor es uno de los hechos más notables para las raíces milenarias de la tribu. Tarde o temprano, cuando el tiempo lo dispone, su combate con las nubes se resolverá en lluvia que otorga sus bondades y excesos, sus *calamidades* y *milagros*. Escribir un poema en tiempos de miseria es una necesidad nunca suficientemente recompensada. Transformarse y transformarse a los otros mediante los plenos poderes del lenguaje, es un hecho tan estremecedor y secreto como la aparición de una nueva galaxia o el drama desatado en el fondo de los mares. Actividad sustentada en todos para que sus iniciados la descifren, la poesía es tan necesaria que olvidamos agradecerla como debíamos agradecer la nube, la ola o la caricia.

Gracias demos a los 84 años que Octavio Paz estuvo entre nosotros. Gracias demos a su energía pasmosa, siempre en proceso de transformación, que supo tocar fibras decisivas de nuestro ser y nuestro acontecer. Niño de la Revolución, hijo sentimental de



la Guerra Civil Española, militante de la parte más noble y rebelde de la vanguardia artística, hombre público cuya escritura no transigió ante la ceguera y mezquindad de los mandarines, su vida estuvo dedicada al combate por la verdad y la belleza, esos dos principios que John Keats supo fundir en un solo anhelo. Se impuso la tarea de hacer de la poesía una herramienta para obtener la libertad, no a través de la prédica dogmática, sí mediante la lenta y segura conquista de sí mismo y el diálogo apasionado y lúcido

con los otros. La representación de un rostro humano cuya sonrisa ha trascendido los siglos o la noche estrellada que regresa a plantearnos el enigma de la existencia, eran realidades que ponían en funcionamiento su capacidad dialéctica, su don para traducir el mundo mediante arquitecturas verbales donde la belleza se hizo poderosa y el pensamiento ennoblecó sus formas.

Octavio Paz nació dotado de las más altas capacidades que puede poseer un hombre de palabra. An-

---

Mexicano. Doctor en Literatura Mexicana por la Universidad Nacional Autónoma de México. Poeta y ensayista; entre sus obras más recientes cabe mencionar: *Peces del aire altísimo*, *Enseres para sobrevivir en la ciudad* y *El peatón es asunto de la lluvia*. Impartió el curso "Historia y Literatura: Encuentros y desencuentros de la memoria mexicana" en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea, en 1999.

---

\* Conferencia dictada en el Instituto Cultural Cervantes de Tel Aviv, el 7 de junio de 1999, como homenaje a Octavio Paz en el primer aniversario de su muerte. El acto se realizó dentro de las actividades de la Cátedra "Rosario Castellanos" de la Universidad Hebrea de Jerusalén. La lectura de poemas en español estuvo a cargo de Andrés Ordóñez. Tal Nitzán, traductora de Paz, los leyó en hebreo.

tes de saberse joven ya era consciente de que no bastaba ocupar el aire con esculturas perfectas o notas impecables. Era imperioso, además, animarlas en el escenario de la Historia, darle carne, huesos, vísceras, para que no cedieran ante el Apocalipsis que, una vez más, desbocaba sus potros en el mundo. Por eso su poesía está formada por varios sistemas planetarios, enriquecidos en la medida en que sus inquietudes iban en aumento. Suyo es el término *tradición de la vanguardia*, para explicar esa gran obra colectiva llamada poesía moderna, y en esa exigencia se inscribe su obra. Existen poetas de un solo libro, cuyo impacto puede ser decisivo para una comunidad. Existen los poetas que son uno solo desde sus primeros combates y el tiempo madura sus iniciales rebeliones. Octavio Paz supo combinar la eficacia del verso contundente con la necesidad de que, como objeto verbal que va a luchar contra el paso de los años, debe superar sus limitaciones de tiempo y espacio. Creyente en el tiempo cíclico que la poesía, el amor o la religión enseñan a los hombres, tuvo el privilegio de recuperar una y otra vez su juventud, afianzada en la experiencia. El joven que en *Bajo tu clara sombra* escribió los versos diáfanos, cristalinos e inolvidables "Tu largo pelo rojizo, / relámpago del verano / vibra con dulce violencia / en la espalda de la noche", donde todo es revelación y hallazgo, recobra esa transparencia en los poemas de su último libro de poemas, *Arbol adentro*. Como advierte Alberto Ruy Sánchez, sorprende que el poeta, en el otoño de su vida, se demuestre más combativo y radical, aunque siempre lúcido y con argumentos, que el poeta fogoso de *La estación violenta*, como llama a la primavera de su existencia. Es el tiempo de los asesinos profetizado por Rimbaud; el tiempo de canallas contra el que luchó Lillian Hellman, y donde sólo la palabra puede ir por delante de la acción, ser arma efectiva contra el conformismo y el silencio.

Octavio Paz escribió algunos de los libros fundamentales del idioma y legó versos que forman parte no sólo de nuestra literatura, sino de nuestra vida. En algunos de sus poemas logró el infrecuente privilegio de enfrentar la totalidad del ser y compartir ese vértigo y esa plenitud. Pero, además, nos enseñó a leer la poesía, a vivir la poesía, a ser en la poesía. Ningún otro escritor mexicano de nuestro siglo ha meditado tanto sobre la palabra y su realización concreta en la vida del hombre. *El arco y la lira*, *Los hijos del limo* y *La otra voz* son títulos dedicados al análisis de las distintas maneras en que el hombre ha establecido alianzas con el lenguaje en su intensidad más alta. Asimismo, éstos son libros que convencen, tanto al iniciado como al profano, de que la poesía es una necesidad como respirar o rendirse a la llama doble del amor. Esto explica por qué Paz consagra el primer tomo de sus *Obras completas* a la que llama *La casa*

*de la presencia*: la poesía es la morada donde la historia, a través del objeto verbal potenciado, se consagra al superar el transcurrir profano que aleja al hombre de los hombres.

Como escritor que renovó las formas de decir, Octavio Paz experimentó diversos nacimientos, ¿En qué instante decisivo se plantó bajo el árbol revelador de los misterios, ése que lo llevó a comprender la dimensión de sus labores, la responsabilidad de su talento? El árbol como emblema de la arquitectura biológica es una de las metáforas más frecuentes en la obra de Paz. Al hablar del hombre que se sienta bajo el árbol a esperar la revelación, nos vienen a la mente imágenes tan sagradas como profanas: Siddharta Gautama o Isaac Newton experimentan, como el poeta, la epifanía que desvanece la venda frente a sus ojos. Por consciente que un poeta sea de su trabajo, y Octavio Paz fue el primer y más exigente crítico de su obra, existe una zona cuyo conocimiento le está vedado. Y porque nos ha dejado el privilegio de descifrar misterios, conviene poner a prueba a nuestro poeta, situándolo frente al espejo del joven que habría de ser el padre de todo cuanto vendría.

El estudiante que a los 19 años de su edad publica su primer libro de poemas, *Luna silvestre*, aún no prefigura al inmenso poeta que el mundo conocería como Octavio Paz. Las imágenes y el ritmo son correctos, pero la voz se debate todavía entre lo vivido y lo expresado. Para utilizar sus propias palabras, su decir no es todavía un hacer. Será necesario el bautismo de fuego de la Guerra Civil Española, su participación en el Congreso de Intelectuales Antifascistas de Valencia, para que sus alas adquieran *la pesadumbre de la Historia*. España en llamas provocó el nacimiento de una poesía de urgencia en Pablo Neruda, César Vallejo y Vicente Huidobro. En Octavio Paz, una generación más joven que los maestros hispanoamericanos, la guerra fue además la confirmación de que "sólo en una sociedad libre la poesía será un bien común, una creación colectiva y una participación universal". Fruto del inmediato impacto de la guerra que preludiaba una conflagración mayor, fue un poema que Paz retiró de las sucesivas ediciones de *Libertad bajo palabra*, pero que finalmente conservó en la reunión de su *Obra poética (1935-1988)*. Se trata de la "Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón", musicalizada por Oscar Chávez y que en los años setenta se convirtió en una de las canciones más populares de la izquierda contestataria.

Has muerto, camarada,  
En el ardiente amanecer del mundo.  
Parada está tu voz, tu sangre en tierra.  
¿Qué tierra crecerá que no te alce?  
¿Qué sangre correrá que no te nombre?

¿Qué voz madurará de nuestros labios  
que no diga tu nombre, tu silencio,  
el callado dolor de no tenerte?

Pero el poeta, además de incorporarse al combate planetario que la cordura libraba contra las fuerzas desatadas de la barbarie –Muera la inteligencia, viva la muerte, había afirmado el general Millán Astray–, tenía que enfrentar un enemigo no menos temible: el demonio de la primera juventud, esa enfermedad que ataca a las inteligencias privilegiadas y que, de ser superada, logra las peras del olmo. En 1941, en el corazón de la Segunda Guerra, Paz busca el sentido de la vida en un mundo que la ha convertido en un oficio absurdo cuando no trágico. Su amigo Rafael Vega Albela se suicida en circunstancias que recuerdan la trágica muerte de Gerard de Nerval. Octavio Paz había vivido, en su escaso cuarto de siglo, las experiencias que otros hombres no conocen en toda su existencia. En caminatas solitarias por la vieja Ciudad de México, se gestan los “Crepúsculos de la ciudad”, el segundo de los cuales dice:

Mudo, tal un peñasco silencioso  
Desprendido del cielo, cae, espeso,  
El cielo desprendido de su peso,  
Hundiéndose en sí mismo, piedra y pozo.

Arde el anochecer en su destrozo;  
Cruzo entre la ceniza y el bostezo  
Calles en donde, anónimo y obseso,  
Fluye el deseo, río sinuoso;

Lepra de livideces en la piedra  
Llaga indecisa vuelve cada muro;  
Frente a ataúdes donde en rasos medra

La doméstica muerte cotidiana,  
Surgen, petrificadas en lo oscuro,  
Putas: pilares de la noche vana.

El escenario es la Plaza de la Santa Veracruz, donde convivieron durante mucho tiempo los oficios del amor y la muerte: en un extremo se vendían coronas fúnebres y ataúdes. Del otro, emergían las prostitutas de la calle del 2 de abril, así llamada en honor de una célebre batalla. El propio Paz se sintió obligado en las notas a su poesía completa, a hacer estas aclaraciones para señalar ese hito de la Ciudad de México donde durante mucho tiempo se simbolizaba concretamente el comercio de la muerte y el comercio de la carne. El poema ejemplifica lo que un poeta de la naturaleza transformadora de Paz realiza a partir de un solo tema. Para él, la ciudad es el espacio revelador de la modernidad. Escrito bajo la rigurosa pauta del sone-

to, el texto refleja todavía una ciudad de dimensiones humanas, peatonal, que permite al poeta salvarse mediante la construcción de una arquitectura verbal ceñida en la forma. En cambio, el poema “Hablo de la ciudad”, escrito cuando la Ciudad de México ha perdido su traza original y ha interrumpido el pacto entre el hombre y el poder superior que permite la supervivencia de la urbe, lo lleva a la utilización de frases próximas al versículo, el lenguaje de la prosa que es el lenguaje de la ciudad, desde Baudelaire hasta Paz. Asimismo, la prostituta como gran sacerdotisa de la Ciudad reaparecerá en el poema inicial del libro *Salamandra*, “Noche en claro”. La ciudad es mujer y se revela como emblema de la Historia:

Ciudad Mujer Presencia  
Aquí se acaba el tiempo  
Aquí comienza

Los instantes del Paz más introspectivo son además los años de la influencia surrealista. Fruto de ese estímulo y de sus propias experiencias es el libro titulado, elocuentemente, *¿Águila o Sol?* En la tradición popular mexicana, la frase se utiliza para indicar los dos rostros de la fortuna, las dos caras de la moneda. Paz la utiliza además como metáfora de la elección vital que el hombre tiene que hacer enfrentado a su primera madurez. *Puerta clausurada* se llama otra de las secciones de su poesía de esos años. Se trata del momento en la vida del hombre y el trabajo del creador cuando ha terminado la etapa de la inocencia y corresponde el turno a la experiencia. Los textos en prosa de Paz son poemas que son cuentos que son poemas. El humor negro y el azar calculado, como los quería André Breton, aparecen en piezas donde la belleza es el ángel terrible de Rilke. *Trabajos del poeta* es una de las secciones más significativas del libro: poemas sobre la poesía, ejercicios espirituales sobre esa noche oscura del alma donde el poeta busca iluminarse para iluminar a los otros. No se ha estudiado suficientemente la relación que los textos en prosa del poeta Octavio Paz de esos años tienen con la narrativa –tensada con la fuerza del poema– que en esa época practican Juan José Arreola y Juan Rulfo. En ellos, también, la anécdota es superada por la propuesta lingüística, novedosa, polifónica y con múltiples niveles de lectura.

En abril de 1939, en la revista *Taller*, Octavio Paz había publicado el ensayo “Razón de ser”. En una especie de manifiesto generacional y personal, declara que su anhelo es “llevar a sus últimas consecuencias la Revolución, dotándola de un esqueleto, de coherencia lírica, humana y metafísica”. Sin embargo, era consciente de que la literatura testimonial, aquella nacida al calor de los acontecimientos, era importante para denunciar la barbarie del hombre

contra el hombre, mas perdía fuerza cuando los hechos se borraban en la veleidosa memoria humana. La fraternidad de la voz individual con los otros tenía que ser expresada entonces mediante la inserción de la voz en el mito, en el cuerpo de la Historia, que es la voz colectiva. “La herencia no es un sillón sino un hacha para abrirse paso”. El resultado de semejante búsqueda cristaliza en los poemas extensos escritos entre 1948 y 1957, que marcan la primera y espléndida madurez de Octavio Paz, coronada por el poema “Piedra de Sol”, que contiene, como el calendario azteca que le da nombre, los signos en rotación, la dialéctica amor y muerte, regeneración y combate que habrán de ser los ejes fundamentales de su obra. La Guerra Civil Española reaparece, pero ahora en dos amantes, que personifican la fuerza que mueve al Sol y a las demás estrellas, la apertura de un espacio en el tiempo para convertir nuestro breve tránsito terrestre en redención y salvación, en fuerza creadora. Versos tales como “Amar es combatir” o “El mundo nace cuando dos se besan”, prefiguran veinte años antes las frases vividas por los jóvenes que en 1968 salieron a las calles de varias ciudades del mundo para ser realistas y exigir lo imposible, para “dejar de ser fantasma con un número / a perpetua cadena condenado / por un amo sin rostro”. “Piedra de Sol”, al igual que otros poemas de *La estación violenta*, marca la etapa de los plenos poderes de Octavio Paz. Sus poemas extensos, en la mejor estirpe, desde Lucrecio hasta T. S. Eliot, se inscriben en esa tradición de la ruptura defendida y estudiada por Paz. El simultaneísmo de Guillaume Apollinaire, una de las grandes influencias reconocidas por el mexicano, lo lleva a establecer paralelos de tiempo y espacio. Merced a esa técnica de *collage*, heredera de los artistas plásticos y del cinematógrafo, la poesía adquiere una exigente libertad que le permite desplazarse, jugar seriamente, obligar al lector a escucharla y a mirarla. Ejemplo de ello es el poema “Himno entre ruinas” donde el poeta, fiel a la elegía clásica, pero utilizando las nuevas técnicas antes aludidas, describe simultáneamente dos paisajes, dos culturas y dos tiempos distintos, el del mundo clásico de Europa, concentrado en un paisaje italiano, y el de la ciudad sagrada de Teotihuacán, en México.

A partir de su nombramiento como embajador en la India, Octavio Paz da inicio a una etapa decisiva de su vida. Es el otoño que en él no es decadencia sino afianzamiento de capacidades. A su prolífica labor como ensayista, pensador del ser mexicano y atento crítico del arte de su tiempo, une un ambicioso proyecto poético donde va a ensayar nuevas formas. Su preocupación plástica, que lo llevó a convertirse en uno de los mejores críticos de arte en México, se manifiesta en el espacio de la página: su poesía se puebla de una calculada pure-

za, de espacios en blanco que permiten la presencia de todos los colores del espectro. Las palabras adquieren autonomía en la página y fulguran, como quería Paul Reverdy, a la manera de creaciones puras del espíritu. Es la época de *Salamandra*, *Ladera Este y Blanco*, donde Paz cumple el anhelo mallarmeano de una escritura que, al negarse a sí misma, crea una nueva posibilidad de comunión, primero con el espacio ocupado por los signos, luego con el lector o, para decirlo de manera más precisa, con el contemplador de su poema. Igual preocupación anima la escritura circular, inacabable como cinta de Moebius, presente en *El mono gramático*, meditación sobre el lenguaje, elogio al tránsito y a la contemplación de Oriente, frente a la impaciencia y el afán de llegar de Occidente. La India le revela un mundo donde cohabitan lo sagrado y lo transgresor, la opulencia y la miseria, el lujo y la indignidad. Sus poemas tienen la densidad del calor de Nueva Delhi y la desnudez ejemplar de la habitación de Mahatma Gandhi. La unión entre principios contrarios adquiere solidez en los poemas de esa época. Allí conoce a Marie José, quien se convierte en su segunda esposa y compañera hasta el fin de sus días. El redescubrimiento de la vida en el paisaje y la cultura indios es también para él la reinención del amor. Oriente le revela “la analogía... la identidad entre la persona amada y la naturaleza... La mujer es puente, lugar de reconciliación entre el mundo natural y el ser humano”.

Fiel a sus convicciones, el poeta renuncia a la embajada en la India en 1968, como protesta a los actos represivos del gobierno mexicano ante el movimiento estudiantil. Continúa en otras partes del mundo su trabajo de poeta, conferencista y promotor incansable, primero de la revista *Plural*, luego de la revista *Vuelta*. *Vuelta* es precisamente el título del libro de poemas que publica al reincorporarse a México. En otra caminata frente a los muros del edificio del siglo XVIII donde rompió sus primeras lanzas, Paz escribe lo que puede ser considerado su poema de hijo pródigo. Ulises ha vuelto a su patria y se enfrenta al muchacho que antes fue. Las piedras, vivas y llenas de memoria como las de todo espacio sagrado, ponen ante sus ojos, al igual que una proyección cinematográfica, imágenes del pasado y del presente.

La obra poética de Paz fue en sus últimos libros un viaje de vuelta a la transparencia, a esa difícil claridad que sólo logra el maestro. *Arbol adentro* es uno de los libros más intensos de la poesía mexicana porque en él un hombre de casi 70 años de edad escribe con la frescura de un joven de 20. Los temas caros al poeta —el milagro del instante que pasa, los objetos que nos nombran al ser nombrados, el poeta y el poema como sujetos de la creación—, alcanzan un equilibrio rara vez encontrado en la poesía.

Ante los que consideraba actos de barbarie o aquéllos que conducían a cualquier clase de totalitarismo, Octavio Paz supo hacerse escuchar, aunque sus juicios contradijeran la opinión generalizada o aquello que conviene decir para que las buenas maneras no se pierdan y el intelectual continúe siendo el bufón del rey. No fue un hombre del sistema, aunque éste lo haya colmado, justamente, de honores. Como Saint John Perse, creía que el poeta debe ser la mala conciencia de su tiempo. Amó, sobre todas las cosas, la libertad, aunque para obtenerla hubiera que explorar horizontes inéditos. Por eso podía admirar tanto al marqués de Sade como al soldado caído en cualquier lugar donde las campanas estuvieran sonando por nosotros. El libertino y el guerrero buscaban, por diferentes vías, una forma más amplia de ser, de soñar y de sentir.

No deja de fortalecernos y devolvernos la fe en la especie humana que la muerte del poeta haya ocupado, en abril de 1998, la primera plana de los periódicos. Unánimemente, los medios se centraron en la partida de quien, con sus palabras, nos volvía más dignos y más fuertes. Naturalmente, Octavio Paz fue más que un poeta, pero sobre su estatura pública y su enorme estatura intelectual, es un poeta mayor que modificó la manera de leer el mundo. Hizo de la escritura un oficio respetable y difícil, una actividad que exigía el conocimiento de la tradición y la fuerza individual para transformarla. En la patria más grande del planeta, fue nuestro más alto embajador, una garantía de que el lenguaje ligaba y religaba a los hombres, ya en la comunión secreta con la poesía, ya en la estimulante lid de la polémica.

Ante la orfandad de su partida, hemos multiplicados los disfraces que maquillan, sin éxito, la realidad nunca agradable de la muerte. Pensemos mejor en que asistimos al nuevo nacimiento de Octavio Paz, y que nuestra reunión esta noche en Israel, país que en 1977 le otorgó el prestigioso premio que lleva el nombre de Jerusalén, la ciudad santa, la ciudad heroica, confirma la victoria de la que él llamaba la otra voz. Pocos como él supieron hacer suya la afirmación de Novalis: "La poesía es la religión original de la humanidad". Silenciada su voz por las leyes del tiempo, nos queda el privilegio de su espacio. Basta abrir el libro para dialogar con él y purificar nuestra voz en el caudal rico y variado de la suya. A cada uno de nosotros corresponde leer de otra manera el fragmento que lo estremeció en la adolescencia, o el libro que lo formó en otra etapa decisiva y necesaria de su vida. Olas enamoradas, sauces de cristal y chopos de agua, pa-

labras que se inflaman en la noche para desembocar en la blancura, mariposas de obsidiana incrustadas en la carne del lenguaje, en el alma del cuerpo, tendrán un ser distinto, aunque fueran independientes desde el instante en que el poeta las lanzó en desbandada para hacerlas nuestras.

Una de las grandes lecciones de Octavio Paz fue enseñarnos a desconfiar de las hipérboles. Tengamos cuidado de no aplicárselas y de verlo en la dimensión justa, en su estatura de poeta y hombre de su tiempo. Léamoslo apasionadamente, lúcidamente. La mejor riqueza que ya en vida nos había legado, es estremecernos cada uno de los instantes de nuestra existencia ante el milagro de nacer cotidianamente al misterio. Mientras nos sea concedido, sigamos dando a la vida los múltiples sentidos inaugurados por su palabra, inextinguible como su siempre clara y rebelde juventud. Un Octavio Paz aún más joven que el citado anteriormente, escribió: "Yo quizá no haga nada, quizá fracase, pero quizá me realice en la poesía interior, en ésa que apenas necesita escribirse, y en ti, soledad, que me irás revelando la forma de mi espíritu y la lenta maduración de mi ser".

Gracias demos a Octavio Paz por haber sido fiel a ese muchacho lleno de dudas y apetitos. Gracias por enseñarnos a distinguir la realidad de la apariencia. Gracias por su lección permanente de resistencia y vocación. Por esa conjunción privilegiada, la voz del poeta es una herencia que el tiempo habrá de pulir con perfección y fuerza diamantinas. Aunque él fue uno de los grandes y mejores artífices del poema extenso, Octavio Paz solía decir que son los poemas breves los que mejor pueden trasladar el tiempo. Terminemos entonces con su poema que es el mejor epitafio del poeta para sus hermanos de aventura terrestre.

## Hermandad

### *Homenaje a Claudio Ptolomeo*

Soy hombre: duro poco  
Y es enorme la noche.  
Pero miro hacia arriba:  
Las estrellas escriben.  
Sin entender comprendo:  
También soy escritura  
Y en este mismo instante  
Alguien me deletrea.

